



Siete Hectáreas

Lorenzo Muriel

+claret

SIETE HECTÁREAS

Lorenzo Muriel

SIETE HECTÁREAS



+claret
EDITORIAL

Primera edición: noviembre de 2021

© Lorenzo Muriel, 2021

© del diseño de la cubierta: Cae Piñol (<http://www.sideraliseverything.com/>), 2021

© de la fotografía de la solapa: Cristina Reche, 2021

© de esta edición:

Editorial Claret, sl, 2021

Roger de Llúria, 5 – 08010 Barcelona

www.editorialclaret.es – editorial@claret.es

ISBN: 978-84-9136-408-5

Producción del ePub: booq̣lab

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»

Todos los derechos reservados.

~ CAPÍTULO 1 ~

Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad, ¡qué gran mentira!, dijo un instante antes de que su cabeza cayera inerte entre las migas de pan y los restos de fideos que quedaban en el mantel.

El pelo aún le humeaba. El mono azul, por el incendio, ahora era casi negro. Sus brazos reposaban como dos cuerdas de columpio a los lados de las piernas. «En lo que llevamos de verano se han quemado más hectáreas que en toda la década anterior» decía el presentador del telediario.

Hasta que no apareció en pantalla luchando contra el fuego, los parroquianos del bar no repararon en que Antonio había caído en combate. Las miradas, como si de un partido de tenis se tratase, fueron del televisor a aquella figura caída y de ella, otra vez de vuelta al televisor. Nadie hizo nada por él. «Demasiado cansancio para una persona» comentaron unos, «demasiado vino para un solo plato» dijeron otros.

Las imágenes cambiaron y se vio como el fuego, literalmente, había peinado el bosque haciéndole una raya de derecha a izquierda. Los vecinos que salían en el telediario corrían espantados dejando sus casas. El jefe de bomberos justificaba la evacuación, denunciaba la falta de medios y agradecía la ayuda. El bar durante los tres minutos de reloj que duró aquella información estuvo paralizado. Los clientes estaban más pendientes de ver quién salía y qué decía, que de valorar las consecuencias de aquel hecho. El peor incendio, no solo del pueblo, sino de la comarca. Contemplar el rugir de las llamas y la superficie devastada no los conmovió más que si hubieran anunciado mal tiempo para el día siguiente. Una nueva moneda en la tragaperras devolvió al bar a su normalidad. Tenían tema de conversación para meses y eso en un pueblo era un gran qué. Antonio seguía

dormitando entre restos de sopa y migas de pan. Las críticas a los bomberos y a los guardas forestales, cuerpo al que pertenecía Antonio, se mezclaban con los tópicos, «eso ya se veía venir», «el bosque está como está», «solo nos acordamos de santa Bárbara cuando truena»...

El teléfono del bar comenzó a sonar insistentemente. Su dueño, un señor gordo, de boca y barriga grandes, piernas pequeñas, cuello ancho, pelo corto, mangas de camisa subidas y pantalón bajado, había escogido unos pitidos, agudos, fuertes e hirientes que le obligaban a cogerlo o a recibir la bronca de los clientes.

—Sí, aquí está.

Su tono tranquilo y despreocupado contrastaba con la angustia de Elena, que llevaba día y medio esperando. Se había acabado el incendio, pero él no había vuelto a casa. No tardó ni media hora en llegar a pesar de que venía de la casa de los guardas forestales que estaba en la falda de la montaña.

—No os da vergüenza dejarlo así, pero ¡¡qué clase de gente sois!! —les gritó al dueño y a los cinco clientes que todavía quedaban.

—Tranquilízate. Después de la paliza del incendio es normal que se haya quedado dormido.

—Poca vergüenza —repitió en voz baja.

El joven que fregaba en la cocina salió para ayudar a Elena a mover a Antonio. No fue fácil. El cuerpo inerte, fibroso y fuerte de aquel atlético guarda, parecía que pesara una tonelada. Cuando estaban a punto de salir, sudando, del bar, oyeron del dueño:

—Al menú invita la casa.

Los baches del camino de tierra le abrieron la herida del pómulo y los ojos. Para aquellos ojos enrojecidos del humo y vidriosos del alcohol, todo era difuso. Iban a casa, pero él no hubiera podido afirmarlo. Intentaba ver, pero pronto caía en el agitado duermevela en el que se encontraba. Varios cafés, algunas vomitonas y de repente las cortinas ascendentes del vapor de agua. Elena lo enjabonaba despacio y con dulzura mientras el estómago de Antonio se preparaba para vomitar una historia de esas que te marcan de por vida.

—Llegué al Ayuntamiento. Todo era barullo. Había que organizar a la gente... Voces, carreras, gritos, empujones. Pedí un mapa. Empecé a estudiar la

situación y de pronto oí: «Honorio, Damián, Jorge, Luis... con Antonio». «Honorio, ¡no!», grité.

—Honorio... ¿tu padre? —preguntó Elena con el mismo cuidado con el que se tantea antes de dar una mala noticia.

—Sí, Honorio. —Abrió los ojos y se incorporó en la bañera para poder escupir la frase—: El muy cabrón, toda la vida tumbado en el sofá y se presenta allí diciendo que quiere ayudar.

Elena volvió a enjabonarle con la esperanza de que el efecto purificador del agua empezara a operar.

—Un retén de doce, dos coches y mucho trecho de silencio ante aquellas infernales cortinas de fuego. Cuando llegamos a... —pintó en el aire la montaña y señaló un punto cerca de la cima que Elena reconoció— ...miedo, mucho miedo.

Al llegar arriba, nada más bajar de los coches, Antonio les había ordenado cortar retamas y con ellas construir las «armas apaga-fuegos». Luego, los había distribuido por el territorio. Les había ordenado no separarse mucho, no meterse dentro del fuego, no extenuarse, recular al más leve síntoma de mareo o agotamiento y, cada cierto tiempo, descansar. Aunque la mayoría eran hombres de campo y ya se sabían esas órdenes, pues no era el primer incendio que extinguían, las habían recibido como inyecciones de confianza.

Elena, mientras Antonio permanecía callado, encendió una pequeña estufa para que no se enfriara y colocó un taburete para permanecer detrás de él. Y así, en silencio, continuó enjabonándole hasta que las palabras, como las gotas de sudor en la sauna, salieron para liberar el calor que llevaba dentro y limpiar las impurezas.

—Se respiraba mal. Se veía muy poco. Hacía muchísimo calor. El aire cambiaba. Paraba y luego azotaba sin previo aviso. Te jugaba malas pasadas. Era muy peligroso, además de golpear las llamas, tenías que estar pendiente, como si bailases con un gigante mortal. Su color era tan intenso que cegaba. El crepitar de la madera era ensordecedor. Tenías que golpear una y otra vez con toda tu fuerza para no oírlo. Para no escuchar el «te vas a morir».

Los ojos brillantes, el alma alerta y la esponja parada en su mano: Elena estaba en el incendio.

—Corrí de un lado a otro durante horas comprobando que todos estaban bien. Sentirme cerca les hacía trabajar confiados. Y gracias a eso vi lo de Jorge, el carnicero del centro comercial de Lamiel. Un grito de dolor y se desplomó. El fuego le rodeaba. Estaba tumbado de lado con su mano derecha agarrada al tobillo. Le grité para que no perdiera el conocimiento. Su ropa empezó a arder. Golpeé con fuerza el fuego para abrir un corredor que me permitiera acceder. Sus gritos me angustiaban. Se quemaba. Sudaba tanto que pensé que no llegaría. Jorge dejó de quejarse. Le grité, pero no tuve respuesta. Salté atravesando el fuego. Lo cargué, como pude, rezando para no marearme. Cerré los ojos, pensé en Jorge y atravesé. Supe cuándo había terminado porque la bocanada de oxígeno, como el whisky en ayunas, te quema por dentro y te revive por fuera. Abrí los ojos, tomé varios lingotazos de aire y casi a su misma velocidad, me bajé a Jorge hasta las ambulancias que esperaban en la carretera. Tenía once hombres arriba esperando. Lo dejé y marché a toda velocidad. «Se ha quemado y creo que se ha roto el tobillo». «Me puedes dar más datos», me pidió el sanitario. «Un cambio de viento, un golpe de fuego, se asfixia, cae dentro del fuego y se le prende la ropa, es lo que he visto». «Gracias. Chicos, nos vamos volando». Mientras subía, escuché al sanitario que quedaba allí pelearse porque el último en llegar había sido el primero en salir. Cómo es el egoísmo, pensé.

La mano de Elena se movió por la espalda de Antonio a la misma velocidad del relato y su respiración se acompasó a la de Antonio.

—Tan rápido quería subir que el corazón se me salió por la boca. Tuve que parar. Lo que nunca me había pasado en el monte. Tuve que parar. De pie, doblado, con las manos en la cadera, no sabía si escuchaba más mi jadeo de no puedo más o la risa de hiena de la resina al quemarse.

Se puso las manos en la cara y la hundió en el mar de espuma que flotaba en la bañera.

—No me había recuperado de lo de Jorge y al llegar arriba, vi caer rodando a Bartolo.

El intenso dolor que la piel de Antonio despedía traspasó a Elena.

—Estaba dentro del fuego. Bartolomé, el pastor que nos vende los lechazos. Parecía un bonzo. Apagué las llamas que salían de su cuerpo. Esa cara... Esa cara,

Elena, no se me olvidará en la vida. Roja incandescente, con la piel deshaciéndose y saliéndose hacia fuera, los parpados caídos y casi cerrados, el rostro desdibujado, deformado. Al principio gritaba como un loco, un grito de dolor que se te metía en el alma, luego dejó de hacerlo. Lo apagué no sé ni cómo y cuando ya casi estábamos fuera, me desmayé. Todo estaba borroso y caliente. Quería moverme, bajarlo, salvarlo, pero no podía, caímos juntos cara contra cara. No sé cuánto tiempo tardé en desmayarme, pero aquella no era la cara de mi amigo Bartolo, con el que tantas cervezas me había tomado y tantos lechazos había compartido... Yo quería hacerlo todo solo, ser perfecto, hacerlo todo bien, ser impecable, rescatar y salvar gente... y sin embargo fue a mí a quien tuvieron que rescatar y salvar. Fue a mí al que tuvieron que bajar. A mí, Elena, a mí, joder, Elena, a mí.

Todo el amor de Elena viajó en forma de besos a la nuca de Antonio.

—Descansa —le dijo sentada a los pies de la cama—. La verdad es que Bartolo está vivo y eso es lo que cuenta. Decirse la verdad Antonio, la verdad... tu verdad —repitió mientras dos lágrimas rodaban por sus mejillas—. Descansa —repitió al apagar la luz, mientras un «everything will be ok» corría mudo por su boca.

El día siguiente amaneció gris y mustio en Castildagua. Amenazaba lluvia, pero aquella amenaza no llegó a cumplirse. Era de las pocas veces en que todo el pueblo hubiera estado de acuerdo en que la lluvia habría sido una bendición. Antonio llegó a su puesto de trabajo en su coche oficial, una vieja Kangoo de 1997. Miró alrededor contemplando aquel edificio en forma de «ele» en el que la parte larga de la «ele» era una construcción reformada donde estaban el ingeniero y el resto de los funcionarios y la parte pequeña, antigua y sin reformar, era la oficina de los guardas forestales, o guardería, como la denominaban cuando contestaban el teléfono. Abrió la puerta y se encontró con la ventana al patio interior, el calendario algo picantón, la mesa y la taquilla que conformaban aquellos cuatro metros cuadrados. Dejó el termo que le había preparado Elena, su mujer, en la taquilla de metal gris, junto a los libros que utilizaba para preparar unas oposiciones a un puesto mejor. Sonó el teléfono. Un aparato grande, marrón clarito, de aquellos en los que todavía tenías que meter el dedo en la rueda para marcar el número. Antes de cogerlo dijo lo que siempre decía: «Es una pieza de

museo, como pronto lo seremos nosotros los guardas forestales». Pasó lo que esperaba, pero antes de lo previsto. El ingeniero no le había dado ni un día para recuperarse. Salió, con paso agotado, todavía sentía la paliza del fuego, hacia el despacho grande, luminoso y con vistas al monte que tenía el ingeniero en la otra parte del edificio.

Juan Manuel estaba esperándolo de pie, visiblemente nervioso.

—Tendrás una buena excusa para no haber estado en tu puesto.

—Si tuviéramos, como hemos tenido toda la vida, la vigilancia terrestre, esto no habría pasado.

—Déjate de hostias. Ni tenemos, ni queremos turnos de guardas las veinticuatro horas del día, sería un gasto inútil.

Antonio, cansado, se sentó en una de las sillas de la mesa de reuniones del despacho. Juan Manuel le vio la cara y procuró aflojar un poco la presión del discurso.

—Y además de quejarte, ¿se puede saber por qué no hiciste la ruta por la presa y sobre todo por qué no diste el aviso del incendio?

—Porque estaba persiguiendo a unos furtivos.

—¿Furtivos?, ¡Venga Antonio! ¡Furtivos!... Vamos, pastores que sueltan su ganado en donde no toca, minucias, Antonio, minucias. A la presa es a lo que tienes que dedicarte, a la presa.

—¡Minucias! Como usted no pisa el monte... —contestó Antonio cargando el usted de toda la distancia y mala leche de que fue capaz.

—Ni tú tampoco, porque los cortafuegos, por la información que tengo, todavía están llenos de los árboles que se cayeron por las ventadas de hace ocho meses.

—Si hubiera, como hace años, políticas de subvención para que los vecinos ayudaran en esas tareas de limpieza, sería culpable, pero ahora que hay buena voluntad y propinillas, con qué cara voy a perseguir a los vecinos para que me echen una mano. Ni les pagamos, ni tampoco les dejamos sacar beneficios del bosque.

—Bueno basta de quejas, quiero un informe minuto a minuto de tu jornada laboral de ayer y de antes de ayer. Y quiero que cuando vengan los guardias que van a investigar el incendio colabores con ellos, ¿entendido?

Antonio se levantó dejando que su mirada dijera alto y claro lo que su boca no podía: ¡qué cabrón eres! Aquel mensaje, que viajó a salvo de malas interpretaciones gracias a la certeza muda y universal que da expresarse con el cuerpo, impactó de pleno en el ingeniero.

—Espero, por tu bien —contraatacó Juan Manuel abriendo la boca como quien abre la escotilla de un tanque para que salgan los soldados— que no tengas nada que ver con lo del incendio. Es lo que me faltaba después de todos los problemas que me das con tanta crítica y tanta denuncia.

Sonó el teléfono inalámbrico del despacho del ingeniero.

—Sí, señor alcalde, estaba terminando un asunto. —Tapó el auricular—. Quiero ese informe, ¡ya!, así que ponte a trabajar. —Esperó a que Antonio, tan lentamente como pudo, saliera del despacho—. Ya estoy.

—¿Cómo tenemos el tema? —preguntó el alcalde.

—Bien, ya le he pedido el informe al guarda responsable de la zona, y he recibido la noticia del juez de Valfresno diciéndome que mandará personal especializado para investigar el incendio.

—Hay que cerrarlo pronto. El proyecto de mejora de la presa está bastante avanzado y estos temas o se cierran en caliente o...

—No te preocupes Rosendo, que me voy a meter ahí a fondo porque si esclarecemos pronto el tema y depuramos responsabilidades, saldremos reforzados y tendremos más credibilidad para tirar adelante lo de la presa.

—Eso espero, porque ya sabes que es... un proyecto... grande, muy grande para ti y de mucha... pero que mucha... —se oyó el comienzo de una risa— reputación política para mí.

~ CAPÍTULO 2 ~

Nunca antes había tenido la extraña sensación de notar como la desgracia corría por los apretones de manos. Todos se conocían y todos parecían extraños. El señor juez, que apenas salía de su juzgado, se había desplazado desde Valfresno, una localidad de unos veinte mil habitantes, hasta el pueblo de Antonio, Castildagua, acompañado de dos guardas de montaña especialistas en investigación de incendios. Primero presentó a Urbano, un guardia mayor, pionero en la creación del cuerpo de especialista en investigación y después a Esteban, un universitario recién ingresado. El ingeniero, contagiado por la formalidad del juez, introdujo a Cristóbal, un guarda veterano que cubría otra zona del bosque y a Antonio, el responsable de la zona que se había quemado. El juez quiso dejar claro el motivo de su desplazamiento y con sobriedad y dureza dijo: «Aunque no es habitual, trabajaréis juntos. No quiero ni dilaciones, ni contradicciones».

Salieron de Castildagua, en dos jeeps, dejando atrás las casas que trepaban por la montaña dando cobijo a más de mil habitantes, en dirección al área donde posiblemente podría haber comenzado el incendio. Ruta sur-suroeste, hacia abajo, por la carretera que llevaba al pueblo de al lado: Lamiel. Circularon todo lo despacio que pudieron buscando el posible punto de inicio de aquel arañazo negro que partía el bosque en dos. No les fue fácil. No paraban de pasar camiones. A los que trabajaban en las obras de la autopista, se añadían los que traían y llevaban todo lo necesario para levantar nuevas urbanizaciones. Dedicaron bastante tiempo, pero al final dieron con un posible punto. En el arcén de tierra que la naturaleza había regalado a aquella vía estrecha encontraron varias colillas. Cada colilla viajó a su bolsa aséptica de plástico, fue sellada y numerada y

colocaron en el lugar exacto donde la encontraron una colorida banderita con su mismo número, a modo de memoria.

Con una parte del trabajo hecho se volvieron a montar en los jeeps y pusieron rumbo a la parte alta del incendio. Subieron bordeando aquella lengua negra hasta bastante más arriba de donde Antonio preveía. Cristóbal, que hasta ese momento no había cruzado palabra con Antonio, no aguantó más y le preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Por qué no estabas en tu sitio? ¿Por qué no hiciste la ronda?

—Porque estoy muy «quemao». Nadie quiere salir conmigo, aunque después de todas las mentiras que el ingeniero ha contado de mí, no me extraña. Y ahora, con esto que ha pasado, terminará crucificándome.

—Ten cuidado porque el ingeniero algo te ha calado, porque nos ha dicho que no se cree que estuvieras persiguiendo furtivos como le dijiste.

—La verdad es que estoy realmente jodido por la actitud de los que se supone que son mis compañeros.

—Tampoco te pases.

—Que no me pase, pero si ni tú mismo quisiste salir conmigo.

—Hombre, Antonio, ya sabes que ahora es «conmigo o contra mí»... y tengo hijos que mantener.

—Y tu dignidad, ¿qué?

La verdad duele, pero si no te resistes a ella, el dolor que provoca sana. Por eso Cristóbal en vez de atacar, se llenó de compasión.

—Si no quisieras tener siempre razón, ni dejar claro que sabes más que nadie, ni fueras tan cabezón, otro gallo te cantaría. Antonio, es que no le das tregua. Todo lo que al ingeniero le jode, tú: erre que erre. En el fondo creo que le gustaría ser como tú, pero como no lo es y como tiene poder pues...

—¿Como yo? Joder, Cristóbal, esta sí que es buena.

—Bueno, no me hagas mucho caso, ya sabes que yo no soy muy espabilao, pero si cambiases un poco y fueses más manejable, como yo, estarías mucho mejor y muchos, que queremos, podríamos trabajar contigo.

—Ya, pero... con semejante... no puedo.

—Tú sabrás.

—Si lo que hago está bien hecho y es por el bien de todos por qué se tiene que meter, ¿eh?

—No sé Antonio, lo único que te digo es que estás «quemao» y patrullas con el primer modelo de Kangoo, cuando el resto tenemos Jeeps y... ¿sabes por qué no tienes medios para hacer tu trabajo?

—Desde luego no será por no pedirlos, porque en los últimos años he mandado más de trescientas cartas.

—Yo nunca he dicho lo que te voy a decir. No los tienes porque los que tú consigues, y te han concedido buena parte de lo que has pedido en las cartas, nos lo reparte a nosotros.

—¡Qué hijo de puta!

—Antonio, cambia, no se puede luchar toda la vida contra un gigante. Tú eres guarda y un guarda sin medios no es nada. Con lo que sabes y lo que te gusta tu trabajo, piensa en lo que podrías hacer si tuvieras...

—Evitaría... —se dijo, volviendo a ver la cara achicharrada de Bartolomé.

El coche, por más que lo revolucionaron, ya no pudo seguir ascendiendo. No quedaba mucho para llegar, pero era un trecho muy escarpado. Esteban sacó de la mochila las notas que le había dado el ingeniero. «Los vecinos vieron dos fuegos que parecían diferenciados y que luego se unieron». Llegó el repecho y se tuvo que comer las siguientes palabras para poder subir. El aire no le llegaba. De hecho, excepto Antonio, el resto dejaba claro que investigaba más que andaba. Descansaron en una roca antes de mirar un rato con los prismáticos. Mientras miraban, vieron la forma irregular del incendio, sus bordes y los flancos por donde había discurrido, y sin quitarse los prismáticos de los ojos comenzaron a comentar la dirección del viento de aquel día y la cola de este. Todos opinaron, con argumentaciones basadas en más o en menos datos técnicos como las bolsas o entrantes del incendio, menos Antonio, que permaneció callado y seco. Discutieron largo rato sobre la mejor manera de acometer la búsqueda del hipotético segundo inicio, el de la parte alta de la montaña. Los guardas de Valfresno se impusieron. Ganó de fuera a dentro. Comenzaron a andar desde los flancos hacia la cola, buscando el punto de inicio. Tres horas estuvieron andando conectados por el equipo portátil de radiotransmisiones, hasta que encontraron el punto donde podría haber comenzado. Antonio siguió callado, pero Cristóbal

expresó su enorme cabreo, ya que, si lo hubieran hecho al revés, desde la cola hacia los flancos, como él proponía, en media hora hubieran llegado al punto donde se encontraban. La luz empezaba a abandonarlos. Encontraron trozos de cristal quemado y un círculo de piedra. Metieron los cristales y las piedras en bolsas y concluyeron que los vecinos tenían razón: «Hubo dos incendios, uno que empezó abajo y otro aquí arriba». Si hubieran volado en helicóptero hubieran visto que la mancha negra dibujaba una elipse irregular como si fuera una mano de tres dedos, en la que los tres dedos eran las lenguas y el espacio que faltaba, el de los dedos índice y corazón, formaba la bolsa o entrante del incendio. Un punto de comienzo estaría en el dedo índice y el otro en el gordo. Para los tres guardas estaba claro que aquellos cristales y aquel círculo de piedras indicaba una hoguera. Algún pastor, algún montañero, algún excursionista. En definitiva, una negligencia. Un fuego mal apagado, alguna chispa, aire y...

—¿Y para esto un cuerpo especial? —preguntó con tono hiriente Antonio.

—Antonio, tengamos la fiesta en paz —contestó Cristóbal.

—Vale, pero decidme, ¿dónde estaban los que dicen que vieron dos lenguas?

—Dentro del pueblo —respondió Urbano mirando el informe que le habían dado.

—¿Y desde dentro del pueblo tienes una visión completa del monte o has de salir?

—Hombre, has de salir —contestó Cristóbal.

—Además, imaginemos que hubo dos y que el segundo comenzó aquí. ¿Cómo explicamos que el fuego bajara ladera abajo, cuando el viento era nornoroeste?

—Sí, es verdad, debería haber subido o correr recto —concluyó Cristóbal.

—Y si seguimos imaginando que se inició aquí, ¿cuántas hectáreas se habrían quemado? No parece lógico que de subida se quemara el 80 % y de bajada solo el 20 %.

—Eso es verdad, es poca superficie para haber comenzado aquí —asintió Urbano.

—Ya, pero ¿y los cristales? —preguntó Esteban, el guarda joven.

—¿Cuántos incendios hay por cristales? —preguntó con tono de mofa Antonio.

—Muy pocos —contestaron Cristóbal y Urbano.

—Ya, pero estos cristales parecen de una botella rota. —Esteban cogió uno de ellos y dijo—: Y parecen recientes.

—Esta sí que es buena, ahora a ojo lo sabemos todo... recientes... recientes.

—Eso no puede saberse a ojo —dijeron Cristóbal y Urbano.

—¿Y las piedras? —añadió Esteban indignado.

—El círculo estaba tan bien hecho que seguro que era de alguien que sabía, por eso, aunque hicieran fuego dudo que esa fuera la causa. Además a esta altura del monte, excursionistas que paren a comer, hay pocos, debió de ser alguien como yo... que no quiere decir que sea yo, vamos, que no soy yo, quiero decir que... tuvo que ser alguien que sabe... y la gente que sabe, cuida la montaña. —Urbano y Cristóbal asintieron—. Lo más probable —continuó diciendo Antonio— es que fuera un fuego de superficie, que al quemar el monte bajo y el matorral se habría propagado rápidamente por conducción y luego, a medida que caía la noche, al cambiar el viento y subir la temperatura, debió producirse la típica convección y saltó a las copas de los árboles y vino desde abajo a morir aquí arriba, por eso decían que había dos lenguas. —Se giró y emprendió el camino de vuelta hacia los coches, diciendo—: Pero yo no quiero influir en vuestras sabias decisiones, porque si no luego el ingeniero me crucificará, así que poned en el informe lo que queráis.

—Deberíamos quedarnos a buscar más pistas —dijo Esteban.

—Vosotros veréis, pero hacer la bajada con poca luz es peligroso. Pero si queréis buscamo cristallitos —contestó Antonio sarcásticamente.

Nadie secundó aquella petición y envueltos en la poca luz que quedaba iniciaron el regreso.

La procesión de agricultores que, en verano, tras dar de mano, a eso de la una del mediodía, iban a echar una cervecita al bar, acababa de comenzar. El alcalde charlaba en el corrillo habitual: un par de concejales, Ginés, el secretario del Ayuntamiento y padre de Elena, el director de la sucursal bancaria más grande del pueblo, el boticario, el presidente de la cooperativa agrícola y uno de los mayores terratenientes, dueño de más de la mitad de las tierras del pueblo. A las rondas habituales se sumaban las invitaciones. No daba tiempo a acabarse la copa de vino

o la cerveza de turno cuando se acercaba el camarero para rellenar. Con prontitud se correspondía a la invitación acrecentando la velocidad de la rueda. Una cervecita se convertía en siete u ocho con facilidad, y ese mismo ritual funcionaba en cada uno de los quince bares del pueblo.

Era casi un milagro que, entre la televisión, las máquinas tragaperras y el resto de las conversaciones de la barra, la gente pudiese entenderse, pero lo hacía. El móvil del alcalde sonó y en la pantalla apareció la palabra «ingeniero». Se apartó un par de pasos y descolgó su flamante aparato de última generación, un claro signo de quién era.

—Dime, Juan Manuel, me pillas tomándome un vinito... pero dime.

—Me han dado el informe del incendio, dos guardas están de acuerdo en que hubo un incendio, pero otro dice que hubo dos. Así que me temo que dar carpetazo será difícil.

—¿Quién?

—Esteban, el recién entrado.

—Joder.

—Dice que, tras estudiar concienzudamente todos los datos, comprobar la actitud de Antonio durante la inspección, tratándolos de tontos, verificar lo nervioso que se puso sobre todo cuando descubrieron los cristales en el punto de inicio de la parte de arriba del incendio y escuchar cómo dijo, sin querer, que él hizo fuego allí, además de asegurar que hubo dos incendios, también dice que Antonio puede estar implicado.

El alcalde, superado por lo que acababa de oír y ajeno a que estaba en un sitio público, explotó en un «no me jodas que Antonio puede estar implicado».

—Mira a ver si podemos hablar con el tal Esteban ese y le hacemos entrar en razón —le dijo en voz baja volviéndose hacia la pared—. Juan Manuel, ahora no podemos tener un parón en el tema de la presa.

—Veré qué puedo hacer.

El alcalde se apretó la copita de vino que le dieron nada más incorporarse al corrillo y despachó la pregunta «¿algún problema?» con la respuesta de siempre, «nada que el tiempo no solucione».

Después de comer, Antonio entró en la oficina. Su tono de piel indicaba que había estado toda la mañana al sol. Venía sudando. El resto de los compañeros